

«LA AMADA INMOVIL»

CUENTO

Dedicado a la memoria del insigne poeta mejicano Amado Nervo.

Nos hallamos en el interior de una lujosa habitación dormitorio. La tenue claridad grisácea del amanecer comienza a infiltrarse a través de los finos cortinajes que cubren el balcón. En el silencio de la madrugada se oye el ruido de una llave que penetra en una cerradura; después el leve rechinar de una puerta pesada; unos pasos muelles, pero firmes, la puerta de la propia habitación que se abre, el chasquido de un interruptor eléctrico. La estancia ha quedado inundada de luz y en ella podemos contemplar la bien puesta figura de Rafael Ibarra que regresa de una de sus nocturnas andanzas. En su rostro y su andar se reflejan el cansancio y la languidez que dejan —residuo inevitable— las horas de placer y de ruidosa alegría.

Con manifiesto desorden comienza a despojarse de sus ropas. De pronto se para dudoso: no tiene sueño aun. Tal vez es que se ha retirado más pronto de lo normal, aunque en el elegante reloj cuadrado que destaca en su mesa de noche faltan pocos minutos para las cinco. Entonces Rafael se echa un batín, pasa a una habitación contigua en la que se distingue el torneado mobiliario de un despacho y vuelve poco después con un libro cogido al azar en los anaqueles de su lujosa biblioteca. Ahora sustituye la luz difusa del alto globo por la más directa de una lámpara portátil que descansa sobre una mesita redonda. Junto a esta mesita hay un ancho sillón en el que se arrellena cómodamente. Después enciende con parsimonia un pitillo y, simultáneamente a la primera bocanada de humo abre el libro por la primera página.

Rafael Ibarra, hijo único de una distinguida y acaudalada familia, se había quedado huérfano de padre a los 22 años, antes de que el hábito del trabajo y la formación intelectual hija del estudio hubieran contrarrestado en su natural la nefasta influencia de muchos años de mimos y debilidades por parte de sus progenitores.

Acostumbrado, pues, a ejercer casi absolutamente su voluntad, este absolutismo perdió por completo el «casi» al no hallar otro obstáculo que la debilísima opinión de su madre.

Joven, de agradable figura, rebosante de salud y de dinero y sin que nadie le hubiese enseñado a mandar en sí mismo, Rafael había pasado en dos años de estudiante de Medicina relativamente aplicado a gandul impenitente; de hombre de sanas e higiénicas costumbres a empedernido calavera; de muchacho ingenuo y algún tanto romántico a hombre cínico y desengañado. Metamorfosis éstas no

raras, y hasta osaríamos afirmar que lógicas dados los antecedentes y circunstancias que ya hemos señalado.

Rafael Ibarra se encuentra en ese estado de tedio y aburrimiento en que hasta el placer material cansa; mas, no hallando con qué sustituirlo, se vuelve uno indefectiblemente a sumergir en él hasta olvidar la conciencia del propio ser. No era aún nuestro joven un perfecto canalla, un ser depravado por completo, pero puede decirse que caminaba a pasos agigantados hacia estas metas lamentables. Lo notaba él mismo en que cada vez le empa/agaba más la solicitud cariñosa de su madre y los tristes reproches de su novia. Porque, aunque parezca mentira, Rafael tenía novia, un «pedacillo de novia», como él decía; una niña dulce y cándida que parecía pertenecer al grupo de aquellos seres que sólo han venido al mundo para llorar. Era un alma tan bondadosa que no tenía jamás valor para convertir sus reproches en una determinación más enérgica y siempre concluía por rendirse ante las engañosas palabras y excusas con que el joven la abrumaba en las cada vez menos frecuentes entrevistas que tenían.

En cuanto a Rafael, ni él mismo sabía cómo y para qué había conservado aquel amor puro entre la turbamulta de sus mundanos amoríos. A veces se decía que Juanita, la pobre novia abandonada ocupaba todavía sin duda un pequeño resquicio en su corazón; maravillábase de este hecho, pero no estaba muy seguro de que cualquier día no fuera deshauciada aun de este último reducto.

Tal era, descrito a largos rasgos el joven que arrellanado en su sillón y aspirando a suaves bocanadas el aroma de su tabaco egipcio, acababa de abrir—por casualidad—ante sus ojos «La Amada Inmóvil».

—¿«La Amada Inmóvil»?—se dijo al ver el título.—Ni sabía que este libro estuviera en la biblioteca... ¡Raro título! «La Amada Inmóvil»... ¿Será uno que se enamora de una estatua?...

Pasó una página y leyó:

OFERTORIO

Dios mío, yo te ofrezco mi dolor.

¡Es todo lo que puedo ya ofrecerte!

Tú me diste un amor... un sólo amor,

¡un gran amor!... Me lo robó la muerte

...y no me queda más que mi dolor.

Acéptalo, Señor,

¡Es todo lo que puedo ya ofrecerte!...

—¡Diablo!—pensó impresionado a su pesar por la sublime y dolorosa sencillez del poeta.—No es de una estatua de quien está enamorado, sino de un cadáver...

No eran precisamente los versos el manjar literario preferido de

Rafael, pero hallaba un «algo» inexplicable en los de Nervo que le impelieron a continuar leyendo.

—No está mal, no está mal...—decíase mientras iba hojeando la trágica historia poética del vate americano.—¡Hombre! Este parece que va dirigido a mí...

¿Comprendes—tú que buscas los visibles transportes, las reales, las tangibles caricias de la hembra que se plasma a todos los deseos invencibles—ese imposible de los imposibles de adorar a un fantasma...

Ya hemos dicho que el joven no había perdido del todo su sensibilidad. Gracias a ello se fué interesando, sin darse cuenta, en el libro.

—¡Pobre hombre!—murmuró—¡Bien sabe expresar sus sufrimientos... y ¡quién pudiera amar así..!—añadió con cierta compasión de sí mismo, incapaz de elevarse hasta aquellas sublimes alturas.

Era llena de gracia como el Avemaría;
quien la vió no la supo ya jamás olvidar...

De súbito, el recuerdo de su novia vino volando a su imaginación. «Llena de gracia»... A la pobre Juanita le convenía este epíteto más que a ninguna otra de las mujeres que conocía.

...y a la Fuente de Gracia de donde procedía se volvió como gota que se vuelve a la mar...

Otro pensamiento repentino: Si Juanita muriese... también le convendrían estos versos. ¡Bah! ¡Qué tontería..! ¿Por qué había de morir?..

Rafael siguió leyendo sin poder evitar que el misterioso efluvio de aquella triste elegía se le adueñara del alma. Decididamente se hallaba en un momento débil.

—Si Juanita muriera... no pasaría nada. (Rafael comenzó a reirse de sí mismo, aunque la risa le sonaba a algo hueco)...el mundo estaba lleno de mujeres con qué sustituirla... Claro es que Juanita algún día tendría que morir: no era inmortal; pero no tenía por qué ser precisamente ahora.

Aún siguió leyendo con interés unas cuantas poesías llenas de ese misterioso hechizo que pocos poetas en el mundo como Nervo han sabido cristalizar. Después cerró el libro y sin haber conciliado las ganas de dormir se dirigió a su lecho.

—Este imbécil de Vicente no me ha cambiado aun el pijama, a pesar de habérselo dicho cinco veces... ¡Valiente mostrenco!.. Vaya,

mañana, o mejor dicho, esta tarde será otro día... Si Juanita muriese... ¡Demonio! ¡Qué pensamiento más estúpido y más terco!.. Decididamente, no vuelvo a leer más versos. Me ha sugestionado ese libro con sus tumbas y cirios y con sus recortes de trenzas y flores marchitas...

—¡Señorito...!

—¡Aaaaaaaah! Pronto me llamas... ¿Qué hora es?

—Las once y media, señorito.

Rafael se quedó mirando con los ojos muy abiertos a su viejo criado.

—Pero... ¿aún no sabes que hasta las dos no quiero que entre aquí nadie, aunque se hunda el mundo?

—Le he llamado por orden de su mamá.

—¡Por vida de...! ¿Es que todos conspiráis para no dejarme dormir?... ¿Y qué es lo que ocurre, vamos a ver?

—Pues... que hace poco han telefoneado de casa de la señorita Juana diciendo que... —Vicente se detuvo al ver la extraña actitud que había adoptado el joven.

—¿Diciendo qué?—murmuró éste.

—...que la señorita estaba muy grave y que... pero ¿qué le ocurre, señorito? ¿Desea alguna cosa?

—No deseo nada, vete.

—¿No quiere que le ayude a vestir?

—¡Vete!!

Rafael se había quedado del color de las finas sábanas que le cubrían y por un rato permaneció inmóvil y suspenso. ¿Serían, pues, ciertos, los presentimientos? ¡Dios, qué casualidad! ¡Qué desconcertante casualidad!... Algo verdaderamente inexplicable...

En el saloncito donde se hallaba sentada, Rafael interpeló a su madre.

—Buenos días, mamá. A ver, explícame eso de Juanita. ¿Qué le pasa?—había recobrado ya su habitual aplomo.

—Está enferma... bastante grave. Ha cogido una pleuresía fulminante y los médicos son algo reservados. Su familia está muy alarmada y me han avisado esta mañana para que te lo diga.

—Bien. Pues no hacía falta llamarme con tanta prisa. Lo mismo da que la vaya a ver a las doce que a las cuatro... —Volvía a ser el Rafael «de las noches». —¡Bueno! Que me traigan el desayuno, ahora iré allá.

La anciana le envolvió en una mirada de infinita compasión porque en su alma maternal no cabía el desprecio. Hubo una pausa dolorosa. Una doncella entró con el servicio del almuerzo y salió en silencio.

—Es que...—prosiguió la madre vacilante—...Bien. Te lo diré todo. Tu novia está agonizando. El médico no cree que pase de este mediodía... Por eso me he decidido a turbar tu sueño...

La infeliz señora tuvo que ahogar un sollozo. Era desgarrador el grado de dureza y egoísmo a que su hijo había llegado.

Rafael, cada vez más malhumorado comenzó a apurar su desayuno a grandes sorbos. De pronto se detuvo. En su interior una voz repetía los versos de la víspera:

Era llena de gracia como el Avemaría
y a la Fuente de Gracia de donde procedía
se volvió como gota que se vuelve a la mar...

Se estremeció. ¡Pues, claro! ¿No lo había comprendido aún?... Juanita había muerto ya... Las reticencias de su madre lo confirmaban. Sí; ya no tenía novia. Aquel «pedacillo de novia» en cuyo corazón no halló él más que perdón y ternura, no existía ya. Juanita había muerto. Acaso precisamente mientras él estaba leyendo aquel libro fatal o tal vez mientras se estaba divirtiendo. Juanita, la novia de antaño, había cerrado los ojos por última vez sin verle a él, a quien tanto amaba, a pesar de todo.

Dos lágrimas, gruesas como gotas de lluvia, habían ido resbalando por sus mejillas hasta caer, mustias, sobre la servilleta.

El joven calavera se estremeció por segunda vez. ¡Llorar él! ¡Y por Juanita! ¿Pues tanto la quería...? ¡Sí! Tal vez ahora que no la tenía se diera cuenta de que la amaba, de que aquel rincón que ella ocupaba en su corazón iba a quedar dolorosamente vacío para siempre...

La anciana viuda de Ibarra, vió asombrada, y al mismo tiempo tristemente complacida como su hijo, desencajado, se levantaba sin terminar el desayuno y salía de la estancia con el apresuramiento de un loco.

* * *

Apenas abrieron la puerta, Rafael con el corazón fuera de todo ritmo trabó del brazo a la sorprendida sirvienta.

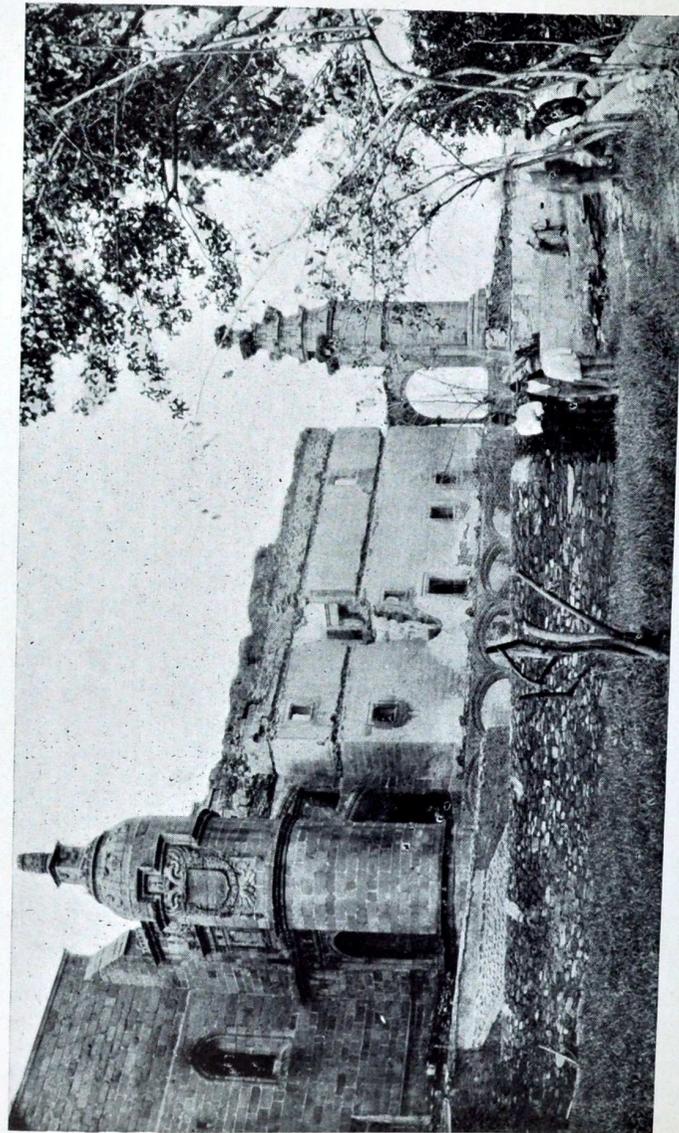
—¡Dígame!... Dígame como está...

No se atrevió a mentar el terrible nombre de la muerte.

—Muy mal, señorito, muy mal—contestó ella llorosa— ¿Quiere pasar a verla...?

Al saber que ella aún vivía, Rafael había respirado hondo, pero sus escasas esperanzas se disiparon al entrar en la habitación de la enferma. El joven se detuvo en la puerta y se refugió junto a ella, en la penumbra. Nadie le vió ni notó su presencia, pues todos los ánimos se hallaban fijos en la escena solemne que se desarrollaba en aquellos momentos. El sacerdote acababa de dar el santo Viático a la moribunda y comenzaba a administrarle el Extremo Sacramento. Sus palabras resonaban graves y claras en el pesado silencio que guardaban los circunstantes. De pronto se oyó un sollozo y una mujer envejecida salió de la estancia con las manos en la cara. Era la madre...

Cuando Rafael, ya despejada la habitación, osó acercarse al lecho de la enferma, ésta tenía los ojos entreabiertos y estaba como



ALBUM EXTREMEÑO: Alcántara. Ruinas del Convento e Iglesia de San Benito. Detalles del exterior

amodorrada. Sólo su respiración fatigosa y áspera daba en ella señales de vida.

—¡Juanita!

Levantáronse los párpados y Rafael vió aún—quizás por última vez— aquellos ojos, claros como el agua de un lago, fijos en él. Esta mirada tuvo la virtud de sumir todas las potencias de su espíritu en terrible confusión. Y de lo más hondo de su alma, como concreción de las terribles luchas que en aquel momento se desarrollaban en su interior, subió a sus labios una sola palabra.

—¡Perdón!

La boca de la enferma intentó esbozar una sonrisa. ¡Era bastante! Aquella alma angelical había perdonado una vez más... ¡la última, la definitiva!

El joven se retiró a un rincón de la vasta estancia y oculta la cara entre las manos, lloró como jamás había llorado; lloró silenciosa y terriblemente, como lloran los hombres; como debía llorar el triste poeta que leyera la víspera..

Hubo de retirarse para dejar paso a los doctores. El pronóstico fué que si bien era posible que llegase a la noche, no era probable que viese el día siguiente.

Rafael pasó aviso a su casa y se negó a abandonar el cuarto de la enferma. Su corazón dormido durante años de devaneo, había despertado violentamente.

Fue una noche espantosa la que pasó, velando de continuo los estertores de agonía de su desgraciada novia. Al otro lado del lecho, el padre y la madre de la niña, acompañados de un pariente, vigilaban ansiosos. Sentado en un rincón, desviado de todos y sin hablar con nadie, Rafael vigilaba también, creyendo a cada momento sentir el aleteo de la Implacable.

Vigilaba y pensaba. Jamás tuvo su entendimiento la fluidez y claridad de aquella noche. Veía distintamente y analizaba con minuciosidad las diferentes partes del drama que vivía. Su maldad, su castigo, su perdón, pero, ¡a qué precio!...

¡Pobre Juanita! La amaba, sí... ¡cómo la amaba! Sin saberlo él se habían conservado incólumes en aquel resquicio de su corazón los ardores purísimos de su primer amor.

Como una visión cinematográfica desfilaron ante su mente aquellas inolvidables escenas en que gustaron por primera vez las delicias de la ilusión amorosa...!

Pero todo fué breve. Después... Sólo de recordarlo se estremecía de pies a cabeza. ¿Cómo había podido él ser tan malo, tan felón, tan canalla? Canalla, sí, esta era la palabra. Ahora comprendía todo el dolor de la triste novia abandonada, siempre jovial en medio de sus lágrimas... Tal vez aquel dolor era el que había minado su delicado organismo encaminándola a la tumba... ¡Canalla, sí...! ¡Pero bien lo estaba espiando! Bien lo espía en el futuro, un futuro negro y angustioso como una pesadilla sin fin.

¡Si acertara a rezar! ¡Oh, puras plegarias de la niñez, largo tiempo olvidadas, si pudieran volver a su boca! Entrecortadamente bal-

bució algunas oraciones dudando siempre de que salidas de su impuro corazón, tuvieran impulso suficiente para llegar al cielo...

La ruidosa respiración de la enferma cesó de pronto y su cabeza cambió levemente de postura. Rafael la miró angustiado. La velada luz alumbraba tristemente los perfiles de su rostro céreo, exangüe, inmóvil.

¡Inmóvil! Rafael, siempre con la obsesión de la extraña coincidencia que le llevó aquella madrugada a leer los versos de Neruo, comprendió por qué su mente le había dictado esta palabra. Su amada era ya «La Amada Inmóvil», y ya lo sería para siempre. Y sin osar ir a cerciorarse de su mal, se escondió de nuevo en la sombra con el alma hecha pedazos, cada uno de los cuales sollozaba:

«Era llena de gracia, como el Avemaría.»

Juanita no murió. Vió la luz de aquel día y la de los que le siguieron y ante el asombro de los médicos pasó pronto a un estado de franca convalecencia.

El que murió fué Rafael Ibarra, el Rafael Ibarra de los garitos, de los «Cabarets» y de los camerinos, para nacer un Rafael Ibarra juicioso, trabajador, austero y enamorado, que acabó en poco tiempo su carrera de médico, depositando el título a los pies de su novia como un trofeo victorioso, prenda del mayor triunfo que el hombre puede obtener en este mundo: La victoria sobre sí mismo.

La terrible lección había sido aprovechada por su corazón aun no del todo corrompido, pero a veces Rafael pensaba que quizá no le hubiera impresionado de tan profunda manera la enfermedad de Juanita, si los sublimes acentos del gran poeta no le hubieran talarado el alma aquella madrugada en que por inexplicable azar fué a tomar de su biblioteca «LA AMADA INMOVIL».

CARLOS CALLEJO

Lea Ud.

“ALCÁNTARA”

y propáguela entre sus amistades.
De este modo contribuirá a difundir,
dentro y fuera de nuestra región,
las letras extremeñas.



A SAN PEDRO DE ALCANTARA

Gigante de la raza, antorcha y guía
que llegaste a gozar el sufrimiento,
venturoso y feliz renunciamento
de quien logra sufrir con alegría.

En la ágreste y salvaje serranía
encontraste solaz y esparcimiento
rezando con sublime arrobamiento
la mística oración de cada día.

Y emprendiste la marcha peregrino
por la senda de fe que tu alma entraña
como ruta de luz y de destino.

Y al traspasar las puertas de la gloria
sublimaste las páginas de España
en el Sagrado libro de la Historia.

GREGORIO GALLEGU CEPEDA